



De un argumento moderno, que se desarrolla en forma natural y armoniosa, esta nueva novela de Vincenzi revela una faz del escritor completamente desconocida para sus lectores.

La protagonista, Elvira Casanova, queda admirablemente más lineada con toques magistrales dados por el artista, en este y en aquel lugar, como si no le diese importancia al hacerlo de actividad extraordinaria, es una belleza que no despierta simpatías por su carácter saturado de arrogancia sin límites. Representa a los ojos de Alberto Manara Bassi lo inalcanzable. Por la vanidad que ella pone en evidencia a cada instante por el puesto que él mismo ocupa en la casa que es de Elvira y solo de Elvira, aun cuando a su lado vegeten su padre, de carácter agrio y su tía, dolorosa y resignada Emma.

Un detalle sin importancia obliga a Alberto a alejarse de la quinta construida por don Fernando en el rezago hospitalario de una lona desde la que se domina el valle, los recodos caprichosos del río, allá, a lo lejos, la sospecha incomparable del océano.

Alberto no es quien parece. Hay, en su espíritu, altivez que nadie sospecha. No sabe doblegarse ante nadie, ni siquiera ante lo que, para él, tiene apariencia de fatalidad. Sabe enfrentarse a cualquier fuerza que pretenda someterlo a servidumbre.

Con dinero de la generosa e intuitiva Emma, se transforma en un estudiante universitario con el nombre de Mariano González. Se forma una cultura excesiva, no precisamente en la Universidad, sino en el contacto directo con la vida y con aquellos pocos libros que de la vida son reflejos exactos.

Le agrada leer y discutir lo leído, busca un refugio para en él esconder sus ansias de perfección. Lo consigue en la preparación de estudios que son producto solamente de los constantes diálogos consigo mismo.

Encuentra un amor ingenuo y listo para el sacrificio, si necesario fuera, en la encantadora Alicia, deliciosa muchacha en flor. Por desgracia, deja este mundo ingrato cuando apenas empezaba a desprenderse de ella los primeros delicados perfumes.

Aquella muerte prematura de un amor ingenuo, le produce una honda e incurable desilusión. Lo conduce, de nuevo y bajo el dominio de una muy explicable inconciencia, hacia la quinta de lo Casanova, la tranquila casa desde la que se contemplan las bellezas del valle incomparable.

Encuentra de nuevo a Elvira cuya belleza se ha hecho espléndida de verdad. Cuyo irrefrenable orgullo ha cedido sin saber ante quién ni por cuál extraño motivo.

Ya sus ojos creados, para la dulzura no saben lanzar destellos de odio ni siquiera desprecio. No hay en ella detalle alguno que revele la natural impaciencia de quien se siente saturada de íntima arrogancia.

La nueva Elvira lo lleva hacía los ensueños de los que se creía ya libre. Lee a la par suya, sintiéndose acariciada por sus lindos y suaves cabellos castaños. Comenta, a su lado, las bellezas de los últimos libros ajenos y los encantos de los suyos que está por escribir.

Es un hombre culto el que discute con una mujer, quien la lectura ha transformado, cuyos arranques felinos de otrora han ido cediendo ante las delicadezas que sólo el amor sabe evocar.

Es interesante la forma que ha escogido Vincenzi para describir el proceso de transformación que se efectúa en el alma poco común de Elvira.

La revelación de la verdadera personalidad de Alberto, revelación que despierta las simpatías del lector, tal es el talento que en su descripción pone Vincenzi, provoca la crisis final. La única que era posible esperar, después de leer tantas bellezas de fondo y de forma. Una boda bulliciosa consagra la pasión de los protagonistas.

Todos los personajes están dibujados con precisión filosófica. Aquí y allá, encontramos admirables charlas, como las sabe hacer y escribir Vincenzi, con temas sugestivos. La novela actual, su génesis en Proust. Los monólogos silentes de Joyce. Las innumerables personalidades en el teatro pirandelliano. El ideario villa lista del mismo Vincenzi que señala rumbos diferentes al pensamiento contemporáneo. El nuevo sentido de la alegría humana. La alegría que nunca se fatiga de crear, de crecer en un ritmo íntimo inexpresable: la alegría como problema, mejor dicho como placer ético, esencialmente ético.

Bella y consistente la prosa de todo el libro que sabe de sugerencias inesperadas, de atrevidos pensamientos, de profundos sentimientos.

Se me antoja ver, en Mariano González, es decir, en Alberto Manara Bassi, al mismo autor Moisés Vincenzi, el pensador más vigoroso de nuestra pequeña Republica literaria